

RETIRO DE SEMANA SANTA PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DE LA DIVINA PROVIDENCIA. VIERNES 25 Y SABADO 26 DE MARZO 2016.

LA MISERICORDIA DEL PADRE.

En este año, al que nos ha convocado el Papa Francisco, el año de la Misericordia de Dios, que en Jesucristo se nos ha revelado, queremos reflexionar y meditar en este atributo estupendo de Dios, su Misericordia, en este retiro, que nos prepara a celebrar las próximas Fiestas Pascuales.

La celebración de la Semana Santa cada año es volver el rostro hacia Jesús por medio de la conversión, un ejercicio propio de la Cuaresma cada año. Particularmente este año lo hacemos teniendo como telón de fondo la espiritualidad de la conversión y la Misericordia de Dios, que en Jesús y a través de la Iglesia, la podemos experimentar.

Recibimos este año de gracia a través del don de la Indulgencia, la cual se recibe, no se gana, no se adquiere por un ejercicio voluntarioso ni por las capacidades o atributos que cada cual posee, ni por las virtudes o la simpatía que le podemos presentar al Señor. No, la Indulgencia es un favor de Dios, es una gracia de renovación que el Señor nos regala para poder así dar pasos de conversión.

Una de las características que tiene la conversión consiste en saber, antes de dar los pasos, que Dios nos espera y nos perdona a pesar de nuestros pecados y faltas, hay una confianza ilimitada en el

perdón de Dios que hace emprender el camino de regreso, eso da motivos suficientes para acercarse al Señor sin temor a recibir un castigo o una reprimenda, como ocurre entre los seres humanos que somos vengativos y celosos y siempre estamos dispuestos a no dar otra oportunidad, ni menos a perdonar de corazón, como nos dice Jesús en el Evangelio.

Con estas palabras de Introducción, quiero invitarlos a profundizar en este atributo, el más estupendo que tiene Dios Padre, su Misericordia.

1. LA MISERICORDIA EN LA SAGRADA ESCRITURA.

A) EL ANTIGUO TESTAMENTO.

El concepto de Misericordia tiene en el Antiguo Testamento una larga y rica historia. La Misericordia revelada por Cristo, supone esto y con sus obras y enseñanzas, él se dirige a hombres, que no solo conocían el concepto de misericordia, sino que además, en cuanto pueblo de Dios de la Antigua Alianza, habían sacado de su historia una experiencia peculiar de la misericordia de Dios. Esta experiencia era social y comunitaria, como también individual e interior.

Israel fue el pueblo de la Alianza con Dios, alianza que rompió muchas veces. Cuando a su vez adquiría conciencia de la propia infidelidad, se apelaba a la misericordia. A este respecto los Libros del Antiguo Testamento nos ofrecen muchísimos testimonios. Entre los hechos y textos de mayor relieve se pueden recordar:

-el comienzo de la historia de los Jueces (Jue 3,7-9).

-la oración de Salomón al inaugurar el Templo (1 Re 8,22-53).

- una parte de la intervención profética de Miqueas (Miq 7,18-20).
- las consoladoras garantías ofrecidas por Isaías (Is 1,18; 51, 4-16).
- la súplica de los Hebreos desterrados (Bar 2,11-3,8).
- la renovación de la alianza después de la vuelta del exilio (Neh 9).

Los Profetas ponen la misericordia, a la que recurren con frecuencia debido a los pecados del pueblo, en conexión con la imagen incisiva del amor por parte de Dios. El Señor ama a Israel con el amor de una peculiar elección, semejante al amor de un esposo (Os 2,21-25 y 15; Is 54,6-8), y por esto perdona sus culpas e infidelidades y traiciones. Cuando ve la conversión auténtica, devuelve de nuevo la gracia a su pueblo (Jer 31,20; Ez 39, 25-29). En la predicación de los profetas la misericordia significa una potencia especial del amor, que prevalece sobre el pecado y la infidelidad del pueblo elegido.

En este amplio contexto “social”, la misericordia aparece como elemento de la experiencia interior de las personas en particular. Tanto el mal físico como el mal moral o pecado hacen que los hijos e hijas de Israel se dirijan al Señor recurriendo a su misericordia. Así lo hace David, con la conciencia de la gravedad de su culpa (2Sam 11; 12; 24, 10). Y así lo hace también Job, después de sus rebeliones, en medio de su tremenda desventura. En los Libros del A.T. podemos ver otros muchos ejemplos.

En el origen de esta convicción comunitaria y personal, se coloca la experiencia fundamental del pueblo elegido, vivida en tiempos del Éxodo: el Señor vio la miseria de su pueblo, reducido a la esclavitud,

oyó su grito, conoció sus angustias y decidió sacarlo (Ex 3,7s). Es aquí donde radica la seguridad del pueblo y de cada uno de sus miembros en la misericordia divina, que se puede invocar en circunstancias dramáticas.

La miseria del hombre es también su pecado. El pueblo de la Antigua Alianza conoció esta miseria desde los tiempos del éxodo, cuando levantó el becerro de oro. Sobre este gesto de ruptura de la alianza, triunfó el Señor manifestándose a Moisés como “Dios de ternura y de gracia, lento a la ira y rico en misericordia y fidelidad”(Ex 34,6). En esta revelación central el pueblo elegido encontrará, después de toda culpa, la fuerza y la razón para dirigirse al Señor con el fin de recordarle lo que Él había revelado de sí mismo y para implorar su perdón.

Y así, tanto en sus hechos como en sus palabras, el Señor ha revelado su misericordia desde los comienzos del pueblo que escogió para sí y, a lo largo de la historia, este pueblo se ha confiado continuamente, tanto en las desgracias como en la toma de conciencia de su pecado, al Dios de las misericordias. Todos los matices del amor se manifiestan en la misericordia del Señor para con los suyos: él es su padre (Is 63,16), ya que Israel es su hijo primogénito (Ex 4,22); él es también esposo de la que es su muy amada, porque será tratada con misericordia (Os 2,3).

Cuando exasperado por la infidelidad de su pueblo, el Señor decide acabar con él, siguen siendo la ternura y el amor generoso para con el mismo lo que le hace superar su cólera (Os 11,7-9; Jer 31, 20; Is 54, 7s). Así se comprende que los Salmistas, cuando cantan las alabanzas del Señor, entonan himnos al Dios del amor, de la

ternura, de la misericordia y de la fidelidad (Sal 103 (102) y 145 (144)).

La Misericordia no pertenece únicamente al concepto de Dios, sino que es algo que caracteriza la vida de todo el pueblo de Israel y también de sus propios hijos e hijas: es el contenido de la intimidad con su Señor, el contenido de su diálogo con Él. Bajo este aspecto la misericordia es expresada en el A.T. con una gran riqueza de expresiones. Ya la terminología que en el A.T. se utiliza, puede decirnos mucho al respecto. (Cf. Nota 52, D.M. p. 20-23).

El Antiguo Testamento proclama la misericordia del Señor sirviéndose de múltiples términos de significados afín entre ellos. Expresan su riqueza trascendental y tienden hacia un único contenido fundamental para expresar su riqueza trascendental y acercarla al hombre bajo distintos aspectos. (cf. Hesed y Rajamín). El Antiguo Testamento anima a los hombres desventurados, a los pecadores a recurrir a la misericordia y les concede contar con ella: la recuerda en los momentos de caída y de desconfianza, de gracias y gloria cada vez que se ha manifestado y cumplido, en la vida del pueblo y en la vida de cada individuo.

La misericordia se revela como más poderosa y más profunda que la Justicia en el A.T. La Justicia es auténtica virtud en el hombre y, en Dios, significa la más “grande” que ella: es superior en el sentido de que es primario y fundamental. El amor, por así decirlo, condiciona a la justicia y en definitiva la justicia es servidora de la caridad. La primacía y la superioridad del amor respecto a la justicia se manifiestan precisamente a través de la MISERICORDIA. Esto pareció tan claro a los Salmistas y a los Profetas que el término

mismo de justicia terminó por significar la salvación llevada a cabo por el Señor y su misericordia.

“Con amor eterno te amé, por eso te he mantenido mi favor” (Jer 31,3). “Aunque se retiren los montes...,no se apartará de ti mi amor, ni mi alianza de paz vacilará” (Is 54,10). Esta verdad, anunciada un día al pueblo de Israel, lleva dentro de sí la perspectiva de la historia entera del hombre: perspectiva que es a la vez temporal y escatológica. Será Cristo quien revelará al Padre misericordioso en la misma perspectiva y sobre un terreno ya preparado por el A.T. Al final de tal revelación, en la víspera de su muerte, dijo Jesús al Apóstol Felipe: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9). Cristo, en definitiva, revela al Dios de la Misericordia, ÉL es la Misericordia.

San Agustín cuando comenta el episodio de la mujer adúltera dice: “quedaron solos la miseria y la misericordia” (Com. al Evangelio de San Juan).

B) EL NUEVO TESTAMENTO.

LA PARÁBOLA DEL PADRE MISERICORDIOSO (Parábola del Hijo Pródigo, Cf. Lucas 15,11-32).

En esta parábola se ve con más evidencia la esencia de la misericordia divina, donde es expresada de manera particularmente límpida. ALLÍ SE COMPRENDE EL MISTERIO MISMO DE LA MISERICORDIA EN CUANTO DRAMA PROFUNDO, EL QUE SE DESARROLLA ENTRE EL AMOR DEL PADRE Y LA PRODICALIDAD Y EL PECADO DEL HIJO.

Aquel hijo es el hombre de todos los tiempos, que nos representa a todos, que perdió la herencia de la gracia y de la justicia original. La parábola toca toda clase de rupturas de la alianza de amor, toda pérdida de la gracia, todo pecado. Aquel hijo, “cuando hubo gastado todo..., comenzó a sentir necesidad”, tanto más cuanto que sobrevino una gran carestía “en el país”, al que había emigrado después de abandonar la casa paterna. En este estado de cosas “hubiera querido saciarse” con algo, incluso “con las bellotas que comían los cerdos” que él mismo pastoreaba por cuenta de “uno de los habitantes de aquella región”. Pero ni esto podía.

En su interior se da la situación en que llega a encontrarse cuando ya había perdido los bienes materiales y hace conciencia, por necesidad, de la pérdida de su dignidad de hijo. Él no había pensado en ello anteriormente, cuando pidió a su padre que le diese la parte de patrimonio que le correspondía, para marcharse. Así ocurre con nosotros, valoramos a las personas y a las cosas cuando no están o las perdemos. Al parecer tampoco es consciente ahora, cuando se dice a sí mismo: “¡Cuántos asalariados en casa de mi padre tienen pan en abundancia y yo aquí me muero de hambre!”. El hijo pródigo se mide a sí mismo con la medida de los bienes que ha perdido y que ya “no posee”, mientras que los asalariados en casa de su padre los “poseen”. Estas palabras se refieren ante todo a una relación con los bienes materiales. No obstante, bajo estas palabras se esconde el drama de la dignidad perdida, la conciencia de la filiación echada a perder.

Es entonces cuando toma la decisión: “Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado, contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Trátame como a uno de tus

jornaleros” (Lc 15,18s). Estas palabras revelan que el hijo pródigo había ido madurando el sentido de la dignidad perdida. Cuando él decide volver a la casa paterna y pedir a su padre que lo acoja, no como hijo, sino como mercenario, parece externamente que obra por razones del hambre y de la miseria en que ha caído; pero este motivo está impregnado por la conciencia de una pérdida más profunda: ser un jornalero en la casa del propio padre es una gran humillación y vergüenza. A pesar de esto el hijo está dispuesto a afrontar tal humillación y vergüenza. Se da cuenta de que ya no tiene ningún otro derecho, sino el de ser mercenario en la casa de su padre. Su decisión es tomada en plena conciencia de lo que merece. En el centro de la conciencia del hijo pródigo, emerge el sentido de la dignidad perdida, de aquella dignidad que brota de la relación del hijo con el padre. Con esta decisión emprende el camino.

La relación de la justicia con el amor, que se manifiesta como misericordia está inscrito con gran precisión en el contenido de la parábola evangélica. Se hace más obvio que el amor se transforma en misericordia, cuando hay que superar la norma precisa de la justicia: precisa y a veces demasiado estrecha. El hijo pródigo, consumadas las riquezas recibidas de su padre, merece – a su vuelta – ganarse la vida trabajando como jornalero en la casa paterna para sobrevivir. Tales serían las exigencias del orden de la justicia; sobre todo porque además de malgastar los bienes de su padre lo había ofendido gravemente con su conducta. Esto, que le había desposeído de la dignidad de hijo, no podía ser indiferente a su padre, quien había sufrido mucho con esto. Pero se trata del propio hijo y tal relación no puede ser anulada, ni destruida por

ningún comportamiento. El hijo pródigo era consciente de ello y esa conciencia le muestra con claridad la dignidad perdida y lo que le hace valorar el lugar que podía corresponderle aún en casa de su padre.

Esta imagen concreta del estado de ánimo del hijo pródigo nos permite comprender con exactitud en qué consiste la misericordia divina. La figura del padre nos revela a Dios como Padre. El comportamiento del padre de la parábola, su modo de obrar que pone de manifiesto su actitud interior, nos permite hallar cada uno de los hilos de la visión que el A.T. tiene de la misericordia, en una síntesis nueva, sencilla y profunda. El padre del hijo es fiel a su paternidad, fiel al amor que desde siempre sentía por su hijo. Tal fidelidad se expresa en la parábola no sólo con la inmediata prontitud en acogerlo cuando vuelve a casa después de haber malgastado el patrimonio; se expresa aún más plenamente con aquella alegría, con la fiesta tan generosa que le brinda, que suscita contrariedad y envidia en el hermano mayor, quien no se había alejado nunca del padre ni había abandonado la casa.

La fidelidad a sí mismo por parte del padre (hesed) es expresada por el amor. Cuando el padre divisó de lejos al hijo que venía, salió conmovido a su encuentro, le echó los brazos al cuello y lo besó. Está obrando a impulsos de un profundo afecto, lo cual explica su generosidad hacia el hijo, (vestido nuevo, sandalias en los pies, el anillo, el ternero cebado y la fiesta), lo que indignará tanto al hijo mayor. Las causas de la conmoción del padre están en lo profundo de su corazón de padre, es consciente de que se ha salvado la humanidad de su hijo. El hijo ha malgastado el patrimonio, pero ha quedado a salvo su humanidad. Es más, ésta ha sido encontrada de

nuevo. Lo dicen las palabras dirigidas al hijo mayor por parte del padre: “había que hacer fiesta y alegrarse porque este hermano tuyo, se había perdido y ha sido encontrado” (Lc 15,32).

La fidelidad del padre a sí mismo está totalmente centrada en la humanidad del hijo pródigo, en su dignidad. Así se explica la alegre conmoción por su vuelta a casa. El amor hacia el hijo, el amor que brota de la esencia misma de la paternidad, obliga al padre a tener solicitud por la dignidad del hijo. Esta solicitud constituye la medida de su amor, como escribe San Pablo en 1 Cor 13,4-8: “El amor es paciente, es benigno, no es interesado, no se enoja, no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad, todo lo espera, todo lo tolera, el amor nunca pasará”.

La Misericordia – tal como Jesús nos la ha presentado en la parábola del hijo pródigo – tiene la forma interior del amor, que en el Nuevo Testamento se llama AGAPÉ. Tal amor es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado. Cuando esto ocurre, el que es objeto de misericordia no se siente humillado, sino como hallado de nuevo y “revalorizado”. El padre le manifiesta, particularmente, su alegría por haber sido “hallado de nuevo” y por “haber resucitado”. Esta alegría indica un bien inviolado: un hijo, por más que sea pródigo, no deja de ser hijo real de su padre; indica además un bien hallado de nuevo, que en el caso del hijo pródigo fue la vuelta a la verdad de sí mismo.

La parábola del hijo pródigo muestra que la misericordia se funda en la común experiencia de aquél bien que es el hombre, sobre la común experiencia de la dignidad que le es propia. Esta experiencia

común hace que el hijo pródigo comience a verse a sí mismo y sus acciones con toda verdad (la humildad es andar en la verdad, decía Santa Teresa de Ávila). En cambio para el padre, el hijo se convierte en un bien particular: el padre ve el bien que se ha realizado con una claridad tan límpida, gracias a una irradiación misteriosa de la verdad y del amor, que parece olvidarse de todo el mal que el hijo había cometido.

Finalmente hay que señalar que, la parábola del hijo pródigo expresa de manera sencilla, pero profunda la realidad de la CONVERSIÓN. Esta es la expresión más concreta de la obra del amor y de la presencia de la misericordia en el mundo humano. El significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y extrae el bien de todas las formas de mal existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Jesús y la fuerza constitutiva de su misión. Así entendían y practicaban la misericordia sus discípulos y seguidores. La Misericordia no cesó nunca de revelarse en sus corazones y en sus acciones, como una prueba creadora del amor que no se deja “vencer por el mal”, sino que “vence con el bien al mal” (Rom 12,21). Es necesario entonces que el rostro genuino de la Misericordia sea siempre desvelado de nuevo. Ella se presenta particularmente necesaria en nuestros tiempos.

2. LA MADRE DE LA MISERICORDIA.

MARÍA ES LA QUE DE MANERA SINGULAR Y EXCEPCIONAL HA EXPERIMENTADO –COMO NADIE – LA MISERICORDIA Y, TAMBIÉN DE MANERA EXCEPCIONAL, HA HECHO POSIBLE CON EL SACRIFICIO DE SU CORAZÓN LA PROPIA PARTICIPACIÓN EN LA REVELACIÓN DE LA MISERICORDIA DE DIOS. TAL SACRIFICIO ESTÁ ESTRECHAMENTE VINCULADO CON LA CRUZ DE SU HIJO, A CUYOS PIES ELLA SE ENCONTRARÍA EN EL CALVARIO. ESTE SACRIFICIO SUYO ES UNA PARTICIPACIÓN SINGULAR EN LA REVELACIÓN DE LA MISERICORDIA, ES DECIR, EN LA ABSOLUTA FIDELIDAD DE DIOS AL PROPIO AMOR, A LA ALIANZA QUERIDA POR ÉL DESDE LA ETERNIDAD Y CONCLUIDA EN EL TIEMPO CON EL HOMBRE, CON EL PUEBLO, CON LA HUMANIDAD; ES LA PARTICIPACIÓN EN LA REVELACIÓN DEFINITIVAMENTE CUMPLIDA A TRAVÉS DE LA CRUZ. NADIE HA EXPERIMENTADO, COMO LA MADRE DEL CRUCIFICADO EL MISTERIO DE LA CRUZ, EL PASMOSO ENCUENTRO DE LA TRASCENDENTE JUSTICIA DIVINA CON EL AMOR: EL “BESO” DADO POR LA MISERICORDIA A LA JUSTICIA. (Cfr. Sal 85 (84), 11. NADIE COMO ELLA, MARÍA, HA ESCOGIDO DE CORAZÓN ESE MISTERIO: AQUELLA DIMENSIÓN VERDADERAMENTE DIVINA DE LA REDENCIÓN, LLEVADA A EFECTO EN EL CALVARIO MEDIANTE LA MUERTE DE SU HIJO, JUNTO CON EL SACRIFICIO DE SU CORAZÓN DE MADRE, JUNTO CON SU “SI” DEFINITIVO.

MARÍA PUES ES LA QUE CONOCE MÁS A FONDO EL MISTERIO DE LA MISERICORDIA DIVINA. SABE SU PRECIO Y SABE CUÁN ALTO ES. EN ESTE SENTIDO LA LLAMAMOS MADRE DE LA MISERICORDIA:

VIRGEN DE LA MISERICORDIA O MADRE DE LA DIVINA MISERICORDIA; ESTOS TITULOS EXPRESAN LA PREPARACIÓN PARTICULAR DE SU ALMA, DE TODA SU PERSONALIDAD, SABIENDO VER PRIMERAMENTE A TRAVÉS DE LOS COMPLICADOS ACONTECIMIENTOS DEL PUEBLO DE ISRAEL, Y DE TODO HOMBRE Y DE LA HUMANIDAD ENTERA DESPUÉS, AQUELLA MISERICORDIA DE LA QUE “POR TODAS LAS GENERACIONES” NOS HACEMOS PARTÍCIPIES SEGÚN EL ETERNO DESIGNIO DE DIOS.

MARÍA ES LA MADRE DEL CRUCIFICADO Y DEL RESUCITADO; COMO AQUELLA QUE, HABIENDO EXPERIMENTADO LA MISERICORDIA DE MODO EXCEPCIONAL, “MERECE” DE IGUAL MANERA TAL MISERICORDIA A LO LARGO DE TODA SU VIDA TERRENA, EN PARTICULAR A LOS PIES DE LA CRUZ DE SU HIJO; FINALMENTE HA SIDO LLAMADA SINGULARMENTE A ACERCAR LOS HOMBRES AL AMOR QUE ÉL HABÍA VENIDO A REVELAR: AMOR QUE HALLA SU EXPRESIÓN MÁS CONCRETA EN AQUELLOS QUE SUFREN, EN LOS POBRES, LOS PRESOS, LOS CIEGOS, LOS OPRIMIDOS Y LOS PECADORES, TAL COMO HABLÓ DE ELLOS CRISTO, SIGUIENDO AL PROFETA ISAÍAS, PRIMERO EN LA SINAGOGA DE NAZARET Y MÁS TARDE EN RESPUESTA A LA PREGUNTA HECHA POR LOS ENVIADOS DE JUAN BAUTISTA. Cfr. Lc 4,18 y Lc 7,22.

EN ESTE AMOR MISERICORDIOSO, MANIFESTADO EN CONTACTO CON EL MAL MORAL Y FÍSICO, PARTICIPABA EL CORAZÓN DE LA MADRE DEL CRUCIFICADO Y DEL RESUCITADO –PARTICIPABA MARÍA -. EN ELLA Y POR ELLA, TAL AMOR NO CESA DE REVELARSE EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA Y DE LA HUMANIDAD. TAL REVELACIÓN ES ESPECIALMENTE FRUCTUOSA, PORQUE SE FUNDA, POR PARTE DE MARÍA, SOBRE EL TACTO SINGULAR DE SU CORAZÓN

MATERNO, SOBRE SU SENSIBILIDAD PARTICULAR, SOBRE SU ESPECIAL APTITUD PARA LLEGAR A TODOS AQUELLOS QUE ACEPTAN MÁS FÁCILMENTE EL AMOR MISERICORDIOSO DE PARTE DE UNA MADRE.

LA MATERNIDAD DE MARÍA PERDURA DESDE LA ANUNCIACIÓN, SE MANTUVO SIN VACILAR AL PIE DE LA CRUZ Y ASUNTA A LOS CIELOS, NO HA DEJADO ESTA MISIÓN SALVADORA, SINO QUE CON SU MÚLTIPLE INTERCESIÓN CONTINÚA OBTENIÉNDONOS LOS DONES DE LA SALVACIÓN ETERNA. CON SU AMOR DE MADRE CUIDA A LOS HERMANOS DE SU HIJO, QUE TODAVÍA PEREGRINAN Y SE HALLAN EN PELIGROS Y ANSIEDAD HASTA QUE SEAN CONDUCIDOS A LA PATRIA BIENAVENTURADA. Cfr. LG, 62.

3. LA MISERICORDIA DE DIOS EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA.

ES CLAVE QUE LA IGLESIA DE HOY ADQUIERA CONCIENCIA MÁS HONDA Y CONCRETA DE LA NECESIDAD DE DAR TESTIMONIO DE LA MISERICORDIA DE DIOS EN TODA SU MISIÓN. EN ESTE SENTIDO ES MUY OPORTUNA LA LLAMADA DEL PAPA FRANCISCO A EXPERIMENTAR EN ESTE AÑO JUBILAR, LA MISERICORDIA DE DIOS COMO LO EXPRESA TAN CLARAMENTE EN LA BULA DE CONVOCACIÓN AL JUBILEO, “MISERICORDIAE VULTUS”. LA IGLESIA DEBE DAR TESTIMONIO DE LA MISERICORDIA DE DIOS REVELADA EN CRISTO, EN TODA SU MISIÓN DE MESÍAS, PROFESÁNDOLA PRINCIPALMENTE COMO VERDAD SALVÍFICA DE FE NECESARIA PARA UNA VIDA COHERENTE CON LA MISMA FE, TRATANDO DESPUÉS DE INTRODUCIRLA Y ENCARNARLA EN LA VIDA DE SUS FIELES Y EN LA DE TODOS LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD.

FINALMENTE, LA IGLESIA TIENE EL DERECHO Y EL DEBER DE RECURRIR A LA MISERICORDIA DE DIOS, IMPLORÁNDOLA FRENTE A TODOS LOS MALES FÍSICOS Y MORALES, ANTE TODAS LAS AMENAZAS QUE PESAN SOBRE LA VIDA DE LA HUMANIDAD CONTEMPORÁNEA.

A. LA IGLESIA PROFESA LA MISERICORDIA DE DIOS Y LA PROCLAMA.

LA IGLESIA PROFESA LA MISERICORDIA DE DIOS, LA IGLESIA VIVE DE ELLA EN SU AMPLIA EXPERIENCIA DE FE Y TAMBIÉN EN SUS ENSEÑANZAS, CONTEMPLANDO CONSTANTEMENTE A CRISTO, CONCENTRÁNDOSE EN ÉL, EN SU VIDA Y EN SU MISTERIO ENTERO. TODO ESTO QUE FORMA LA “VISIÓN” DE CRISTO EN LA FE VIVA Y EN LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA NOS ACERCA A LA “VISIÓN DEL

PADRE” EN LA SANTIDAD DE SU MISERICORDIA. LA IGLESIA PROFESA LA MISERICORDIA DEL PADRE Y LA VENERA DIRIGIÉNDOSE AL CORAZÓN DE CRISTO. EN EFECTO, PRECISAMENTE EL ACERCARNOS A CRISTO EN EL MISTERIO DE SU CORAZÓN, NOS PERMITE DETENERNOS EN ESTE PUNTO DE LA REVELACIÓN DEL AMOR MISERICORDIOSO DEL PADRE.

LA IGLESIA VIVE UNA VIDA AUTÉNTICA, CUANDO PROFESA Y PROCLAMA LA MISERICORDIA –EL ATRIBUTO MÁS ESTUPENDO DEL CREADOR Y DEL REDENTOR – Y CUANDO ACERCA A LOS HOMBRES A LAS FUENTES DE LA MISERICORDIA DEL SALVADOR, DE LAS QUE ES DEPOSITARIA Y DISPENSADORA.

EN ESTE ÁMBITO TIENE UN GRAN SIGNIFICADO LA MEDITACIÓN CONSTANTE DE LA PALABRA DE DIOS, Y SOBRE TODO LA PARTICIPACIÓN CONSCIENTE Y MADURA EN LA EUCARISTÍA Y EN EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA O RECONCILIACIÓN.

LA EUCARISTÍA NOS ACERCA SIEMPRE A AQUEL AMOR QUE ES MÁS FUERTE QUE LA MUERTE: EN EFECTO, “CADA VEZ QUE COMEMOS DE ESTE PAN O BEBEMOS DE ESTE CÁLIZ”, NO SOLO ANUNCIAMOS LA MUERTE DEL REDENTOR, SINO QUE ADEMÁS PROCLAMAMOS SU RESURRECCIÓN, MIENTRAS ESPERAMOS SU VENIDA EN LA GLORIA. Cfr. 1 Cor 11,26; Hb 8,6-13; Jr 31,31 y Ex 24,8. EL MISMO RITO EUCARÍSTICO, CELEBRADO EN MEMORIA DE QUIEN EN SU MISIÓN MESIÁNICA NOS HA REVELADO AL PADRE, POR MEDIO DE LA PALABRA Y DE LA CRUZ, ATESTIGUA EL AMOR INAGOTABLE, EN VIRTUD DEL CUAL DESEA SIEMPRE EL UNIRSE E IDENTIFICARSE CON NOSOTROS, SALIENDO AL ENCUENTRO DE TODOS LOS CORAZONES HUMANOS.

ES EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA O RECONCILIACIÓN EL QUE ALLANA EL CAMINO A CADA UNO, INCLUSO CUANDO SE SIENTE BAJO EL PESO DE GRANDES CULPAS. EN ESTE SACRAMENTO CADA PERSONA PUEDE EXPERIMENTAR DE MANERA SINGULAR LA MISERICORDIA, ES DECIR, EL AMOR QUE ES MÁS FUERTE QUE EL PECADO.

LA MISERICORDIA EN SÍ MISMA, EN CUANTO PERFECCIÓN DE DIOS INFINITO ES TAMBIÉN INFINITA. INFINITA PUES E INAGOTABLE ES LA PRONTITUD DEL PADRE EN ACOGER A LOS HIJOS PRÓDIGOS QUE VUELVEN A CASA. SON INFINITAS LA PRONTITUD Y LA FUERZA DEL PERDÓN QUE BROTAN CONTINUAMENTE DEL VALOR ADMIRABLE DEL SACRIFICIO DE SU HIJO. NO HAY PECADO HUMANO QUE PREVALEZCA POR ENCIMA DE ESTA FUERZA Y NI SIQUIERA QUE LA LIMITE. POR PARTE DEL HOMBRE PUEDE LIMITARLA ÚNICAMENTE LA FALTA DE BUENA VOLUNTAD, LA FALTA DE PRONTITUD EN LA CONVERSIÓN Y EN LA PENITENCIA, ES DECIR, SU PERDURAR EN LA OBSTINACIÓN, Oponiéndose a la gracia y a la verdad frente al testimonio de la cruz y de la resurrección de Cristo.

POR TANTO, LA IGLESIA PROFESA Y PROCLAMA LA CONVERSIÓN. LA CONVERSIÓN A DIOS CONSISTE SIEMPRE EN DESCUBRIR SU MISERICORDIA, ES DECIR, ESE AMOR QUE ES PACIENTE Y BENIGNO A MEDIDA DEL CREADOR Y PADRE: EL AMOR, AL QUE “DIOS, PADRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO” ES FIEL HASTA LAS ÚLTIMAS CONSECUENCIAS EN LA HISTORIA DE LA ALIANZA CON EL HOMBRE: HASTA LA CRUZ, HASTA LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN DE SU HIJO. LA CONVERSIÓN A DIOS ES SIEMPRE FRUTO DEL “REENCUENTRO” DE ESTE PADRE, RICO EN MISERICORDIA.

EL AUTÉNTICO CONOCIMIENTO DE DIOS, DIOS DE LA MISERICORDIA Y DEL AMOR BENIGNO, ES UNA CONSTANTE E INAGOTABLE FUENTE DE CONVERSIÓN, NO SOLAMENTE COMO MOMENTÁNEO ACTO INTERIOR, SINO TAMBIÉN COMO DISPOSICIÓN ESTABLE, COMO ESTADO DE ÁNIMO. QUIENES LLEGAN A CONOCER DE ESTE MODO A DIOS, QUIENES LO “VEN” ASÍ, NO PUEDEN VIVIR SINO CONVIRTIÉNDOSE SIN CESAR A ÉL. VIVEN EN UN ESTADO PERMANENTE DE CONVERSIÓN; ES ESTE ESTADO EL QUE TRAZA LA CONSTANTE MÁS PROFUNDA DE LA PEREGRINACIÓN DE TODO HOMBRE POR LA TIERRA IN STATU VIATORIS. ES LO QUE LA IGLESIA TAMBIÉN VIVE: “ECCLESIA SEMPER REFORMANDA”. LA IGLESIA CASTA MERETRIZ, SANTA Y PECADORA A LA VEZ, EN ESTADO DE PERMANENTE REFORMA Y CONVERSIÓN.

B. LA IGLESIA TRATA DE PRACTICAR LA MISERICORDIA.

JESÚS HA ENSEÑADO QUE NO SOLO RECIBIMOS Y EXPERIMENTAMOS LA MISERICORDIA DE DIOS, SINO QUE ESTAMOS LLAMADOS A “SER MISERICORDIOSOS” CON LOS DEMÁS: “SEAN MISERICORDIOSOS COMO EL PADRE ES MISERICORDIOSO CON USTEDES” Y “BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS, PORQUE ELLOS ALCANZARÁN MISERICORDIA” Cfr. Mt 5,7. LA IGLESIA VE EN ESTAS PALABRAS UNA LLAMADA A LA ACCIÓN Y SE ESFUERZA POR PRACTICAR LA MISERICORDIA. ALCANZAMOS EL AMOR MISERICORDIOSO DEL PADRE, SU MISERICORDIA, EN CUANTO NOSOTROS MISMOS INTERIORMENTE NOS TRANSFORMAMOS EN EL ESPÍRITU DE TAL AMOR HACIA EL PRÓJIMO.

ESTE PROCESO NO ES SÓLO UNA TRANSFORMACIÓN ESPÍRITUAL REALIZADA DE UNA VEZ PARA SIEMPRE, SINO QUE CONSTITUYE

TODO UN ESTILO DE VIDA, UNA CARACTERÍSTICA ESENCIAL Y CONTÍNUA DE LA VOCACIÓN CRISTIANA. CONSISTE EN EL DESCUBRIMIENTO CONSTANTE Y EN LA ACTUACIÓN PERSEVERANTE DEL AMOR EN CUANTO FUERZA UNIFICANTE Y A LA VEZ ELEVANTE: SE TRATA, EN EFECTO, DE UN AMOR MISERICORDIOSO QUE POR SU ESENCIA ES AMOR CREADOR. EL AMOR MISERICORDIOSO, EN LAS RELACIONES RECÍPROCAS ENTRE LAS PERSONAS, NO ES NUNCA UN ACTO O UN PROCESO UNILATERAL. EN LOS CASOS EN QUE TODO PARECÍA INDICAR QUE SÓLO UNA PARTE ES LA QUE DA Y OFRECE, MIENTRAS LA OTRA SÓLO RECIBE Y TOMA (POR EJEMPLO, EL MÉDICO QUE CURA, DEL MAESTRO QUE ENSEÑA, ETC.), EN REALIDAD, TAMBIÉN AQUEL QUE DA, QUEDA SIEMPRE BENEFICIADO. TAMBIÉN ESTE RECIBE, OBTIENE UN BENEFICIO, PRUEBA EL AMOR MISERICORDIOSO, O SE ENCUENTRA EN ESTADO DE SER OBJETO DE MISERICORDIA.

CRISTO ES EL MODELO, LA INSPIRACIÓN Y EL IMPULSO MÁS GRANDE. PODEMOS CON TODA HUMILDAD MANIFESTAR MISERICORDIA A LOS DEMÁS, SABIENDO QUE LA RECIBE COMO DEMOSTRADA A SÍ MISMO. “LO QUE HICIERON AL MÁS PEQUEÑO DE MIS HERMANOS, A MI ME LO HICIERON”, Cfr. Mt 25,34-40. SOBRE LA BASE DE ESTE MODELO, DEBEMOS PURIFICAR TAMBIÉN CONTINUAMENTE TODAS NUESTRAS ACCIONES Y NUESTRAS INTENCIONES, Cfr. Jn 18,3, ALLÍ DONDE LA MISERICORDIA ES ENTENDIDA Y PRACTICADA DE MANERA UNILATERAL, COMO BIEN HECHO A LOS DEMÁS. SÓLO ENTÓNCE, ES REALMENTE UN ACTO DE AMOR MISERICORDIOSO: CUANDO, PRACTICÁNDOLA, NOS CONVENCEMOS PROFUNDAMENTE DE QUE AL MISMO TIEMPO LA EXPERIMENTAMOS POR PARTE DE QUIENES LA ACEPTAN DE

NOSOTROS. SI FALTA ESTA BILATERALIDAD, ESTA RECIPROCIDAD, ENTONCES NUESTRAS ACCIONES NO SON AÚN AUTÉNTICOS ACTOS DE MISERICORDIA, NI SE HA CUMPLIDO PLENAMENTE EN NOSOTROS LA CONVERSIÓN, CUYO CAMINO NOS HA SIDO MANIFESTADO POR CRISTO CON LA PALABRA Y CON EL EJEMPLO HASTA LA CRUZ, NI TAMPOCO PARTICIPAMOS COMPLETAMENTE EN LA FUENTE DEL AMOR MISERICORDIOSO REVELADA POR ÉL.

LA AUTÉNTICA MISERICORDIA ES ASÍ LA FUENTE MÁS PROFUNDA DE LA JUSTICIA. EL AMOR Y SOLO EL AMOR, (EL AMOR BENIGNO QUE LLAMAMOS MISERICORDIA) ES CAPAZ DE RESTITUIR EL SER HUMANO A SÍ MISMO.

LA MISERICORDIA CRISTIANA AUTÉNTICA ES LA MÁS PERFECTA ENCARNACIÓN DE LA "IGUALDAD" ENTRE LOS HOMBRES Y POR CONSIGUIENTE LA ENCARNACIÓN MÁS PERFECTA DE LA JUSTICIA. EL AMOR Y LA MISERICORDIA LOGRAN QUE LOS HOMBRES SE ENCUENTREN ENTRE SÍ EN ESE VALOR QUE ES EL MISMO HOMBRE, CON LA DIGNIDAD QUE LE ES PROPIA. LA "IGUALDAD" DE LOS HOMBRES MEDIANTE EL AMOR "PACIENTE Y BENIGNO" NO BORRA LAS DIFERENCIAS: EL QUE DA SE HACE MÁS GENEROSO, CUANDO SE SIENTE GRATIFICADO POR EL QUE RECIBE SU DON Y VICEVERSA.

ASÍ PUES, LA MISERICORDIA SE HACE ELEMENTO INDISPENSABLE PARA PLASMAR LAS RELACIONES MUTUAS ENTRE LOS SERES HUMANOS, EN EL ESPÍRITU DEL MÁS PROFUNDO RESPETO DE LO QUE ES HUMANO Y DE LA RECÍPROCA FRATERNIDAD.

LA FRATERNIDAD DEBE EXPERIMENTAR UNA NOTABLE "CORRECCIÓN" POR PARTE DEL AMOR QUE ES "PACIENTE" Y "BENIGNO", QUE LLEVA EN SÍ LOS CARACTERES DEL AMOR

MISERICORDIOSO TAN ESENCIALES AL EVANGELIO Y AL CRISTIANISMO. RECORDEMOS QUE EL AMOR MISERICORDIOSO INDICA TAMBIÉN ESA CORDIAL TERNURA Y SENSIBILIDAD, DE LA QUE NOS HABLA LA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO. POR TANTO, EL AMOR MISERICORDIOSO ES SUMAMENTE INDISPENSABLE ENTRE AQUELLOS QUE ESTÁN MÁS CERCANOS: ENTRE LOS ESPOSOS, ENTRE PADRES E HIJOS, ENTRE AMIGOS; ES TAMBIÉN INDISPENSABLE EN LA EDUCACIÓN Y EN LA PASTORAL.

SU RADIO DE ACCIÓN NO HALLA AQUÍ SU TÉRMINO. LA LLAMADA “CIVILIZACIÓN DEL AMOR”, COMO FIN AL QUE DEBEN TENDER TODOS LOS ESFUERZOS EN LO SOCIAL Y CULTURAL, EN LO ECONÓMICO Y POLÍTICO, NO SE CONSEGUIRÁ NUNCA, SI NUESTRAS CONCEPCIONES Y ACTUACIONES, RELATIVAS A LA CONVIVENCIA HUMANA SE SIGUEN DETENIENDO EN EL CRITERIO DEL “OJO POR OJO, DIENTE POR DIENTE” Y NO TENDEMOS EN CAMBIO A TRANSFORMARLO ESENCIALMENTE, SUPERÁNDOLO CON OTRO ESPÍRITU. HAY QUE HACER DEL MUNDO ALGO MÁS HUMANO. EL MUNDO DE LOS SERES HUMANOS PUEDE HACERSE CADA VEZ MÁS HUMANO, ÚNICAMENTE SI INTRODUCIMOS EN EL ÁMBITO DE LAS RELACIONES HUMANAS Y SOCIALES, JUNTO CON LA JUSTICIA, EL “AMOR MISERICORDIOSO” QUE CONSTITUYE EL MENSAJE DEL EVANGELIO.

EL MUNDO DE LOS SERES HUMANOS PUEDE HACERSE “CADA VEZ MÁS HUMANO”, SOLAMENTE SI EN TODAS LAS RELACIONES RECÍPROCAS INTRODUCIMOS EL MOMENTO DEL PERDÓN, TAN ESENCIAL AL EVANGELIO. EL PERDÓN ATESTIGUA QUE EN EL MUNDO ESTÁ PRESENTE EL AMOR MÁS FUERTE QUE EL PECADO. EL PERDÓN ES ADEMÁS LA CONDICIÓN FUNDAMENTAL DE LA

RECONCILIACIÓN, NO SOLO EN LA RELACIÓN DE DIOS CON EL HOMBRE, SINO TAMBIÉN EN LAS RECÍPROCAS RELACIONES ENTRE LOS HOMBRES. UN MUNDO, DEL QUE SE ELIMINASE EL PERDÓN, SERÍA SOLAMENTE UN MUNDO DE JUSTICIA FRÍA E IRRESPECTUOSA, EN NOMBRE DE LA CUAL CADA UNO REIVINDICARÍA SUS PROPIOS DERECHOS RESPECTO A LOS DEMÁS; ASÍ LOS EGOÍSMOS DE DISTINTOS GÉNEROS, ADORMECIDOS EN EL HOMBRE, PODRÍAN TRANSFORMAR LA VIDA Y LA CONVIVENCIA HUMANA EN UN SISTEMA DE OPRESIÓN DE LOS MÁS DÉBILES POR PARTE DE LOS MÁS FUERTES.

POR ESTO, LA IGLESIA DEBE CONSIDERAR COMO UNO DE SUS DEBERES PRINCIPALES, ESPECIALMENTE EN LA EDAD CONTEMPORÁNEA, EL DE PROCLAMAR E INTRODUCIR EN LA VIDA EL MISTERIO DE LA MISERICORDIA, REVELADO EN CRISTO JESÚS. ESTE MISTERIO ES PARA LA IGLESIA Y PARA TODOS LOS SERES HUMANOS, FUENTE DE UNA VIDA DIVERSA DE LA QUE EL SER HUMANO, EXPUESTO A LAS FUERZAS PREPOTENTES DE LA TRIPLE CONCUPIESCENCIA QUE OBRAN EN ÉL, ESTÁ EN CONDICIONES DE CONSTRUIR. PRECISAMENTE EN NOMBRE DE ESTE MISTERIO CRISTO NOS ENSEÑA A PERDONAR SIEMPRE. ¡CUANTAS VECES REPETIMOS LAS PALABRAS DEL PADRE NUESTRO PIDIENDO: "PERDÓNANOS NUESTRAS OFENSAS COMO NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN", ES DECIR, A AQUELLOS QUE SON CULPABLES DE ALGO RESPECTO A NOSOTROS! ¡CUANTAS COSAS DICEN ESTAS PALABRAS A TODO HOMBRE ACERCA DE SU SEMEJANTE Y TAMBIÉN ACERCA DE SÍ MISMO! LA CONCIENCIA DE SER DEUDORES UNOS DE OTROS VA PAREJA CON LA LLAMADA A SOPORTARNOS UNOS A OTROS POR AMOR Cfr. Ef 4,2 y Gal 6,2.

¡QUÉ LECCIÓN DE HUMILDAD SE ENCIERRA AQUÍ REPECTO DEL HOMBRE, DEL PRÓJIMO Y DE SÍ MISMO A LA VEZ! ¡QUÉ ESCUELA DE BUENA VOLUNTAD PARA LA CONVIVENCIA DE CADA DÍA, EN LAS DIVERSAS CONDICIONES DE NUESTRA EXISTENCIA!

CRISTO SUBRAYA LA NECESIDAD DE PERDONAR A LOS DEMÁS QUE A SAN PEDRO, EL CUAL LE HABÍA PREGUNTADO CUÁNTAS VECES DEBERÍA PERDONAR AL PRÓJIMO, LE INDICÓ LA CIFRA SIMBÓLICA DE “SETENTA VECES SIETE”, QUERIENDO DECIR CON ELLO QUE DEBERÍA SABER PERDONAR A TODOS Y SIEMPRE.

UNA EXIGENCIA TAN GRANDE DE PERDONAR NO ANULA LAS OBJETIVAS EXIGENCIAS DE LA JUSTICIA. LA JUSTICIA RECTAMENTE ENTENDIDA CONSTITUYE LA FINALIDAD DEL PERDÓN. EN NINGÚN PASO DEL MENSAJE EVANGÉLICO NI EL PERDÓN, NI LA MISERICORDIA COMO SU FUENTE, SIGNIFICAN INDULGENCIA PARA CON EL MAL, PARA CON EL ESCÁNDALO, LA INJURIA, EL ULTRAJE COMETIDO. LA REPARACIÓN DEL MAL O DEL ESCÁNDALO, EL RESARCIMIENTO POR LA INJURIA, LA SATISFACCIÓN DEL ULTRAJE SON CONDICIÓN DEL PERDÓN.

ASÍ PUES LA ESTRUCTURA FUNDAMENTAL DE LA JUSTICIA PENETRA SIEMPRE EN EL CAMPO DE LA MISERICORDIA. ESTA SE EXPRESA DE LA MANERA MÁS SENCILLA Y PLENA EN EL PERDÓN. ESTE MANIFIESTA QUE, ADEMÁS DEL PROCESO DE “COMPENSACIÓN” Y DE “TREGUA” QUE ES ESPECÍFICO DE LA JUSTICIA, ES NECESARIO EL AMOR, PARA QUE EL SER HUMANO SE CORROBORE COMO TAL. AL ANALIZAR LA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO, HEMOS VISTO QUE AQUÉL QUE PERDONA Y AQUÉL QUE ES PERDONADO SE ENCUENTRAN EN UN PUNTO ESENCIAL, QUE ES LA DIGNIDAD, ES

DECIR, EL VALOR ESENCIAL DEL HOMBRE QUE NO PUEDE DEJARSE PERDER Y CUYA AFIRMACIÓN O CUYO REENCUENTRO ES FUENTE DE LA MÁS GRANDE ALEGRÍA.

LA IGLESIA CONSIDERA JUSTAMENTE COMO PROPIO DEBER, COMO FINALIDAD DE LA PROPIA MISIÓN, CUSTODIAR LA AUTENTICIDAD DEL PERDÓN, EN LA VIDA, EN LA EDUCACIÓN Y EN LA PASTORAL.

LA IGLESIA PROTEGE EL PERDÓN CUSTODIANDO LA FUENTE, ESTO ES, EL MISTERIO DE LA MISERICORDIA DE DIOS MISMO, REVELADO EN JESUCRISTO.

ESTE “SACAR DE LAS FUENTES DEL SALVADOR” NO PUEDE SER REALIZADO DE OTRO MODO, SI NO ES EN EL ESPÍRITU DE AQUELLA POBREZA A LA QUE NOS HA LLAMADO EL SEÑOR CON LA PALABRA Y EL EJEMPLO: “LO QUE HABÉIS RECIBIDO GRATUITAMENTE, DADLO GRATUITAMENTE”. ASÍ, EN TODOS LOS ÁMBITOS DE LA VIDA Y DEL MINISTERIO DE LA IGLESIA SE HA MANIFESTARÁ AÚN MEJOR EL DIOS “RICO EN MISERICORDIA”.

4. LA ORACION DE LA IGLESIA DE NUESTROS TIEMPOS.

En ningún momento y en ningún período histórico –especialmente en una época tan crítica como la nuestra- la Iglesia puede olvidar la ORACIÓN que es un grito a la misericordia de Dios ante las múltiples formas de mal que pesan sobre la humanidad y la amenazan. La conciencia humana, cuanto más pierde el sentido del significado mismo de la palabra “misericordia”, sucumbiendo a la secularización; cuanto más se distancia del misterio de la misericordia alejándose de Dios, tanto más la Iglesia tiene el derecho y el deber de recurrir al Dios de la misericordia “con poderosos clamores”. Estos clamores deben estar presentes en la Iglesia de nuestros tiempos, dirigidos a Dios, para implorar su misericordia, cuya manifestación ella profesa y proclama en cuanto realizada en Jesús crucificado y resucitado. Allí se revela completa la misericordia, es decir, el amor que es más fuerte que la muerte, que el pecado y que todo mal, del amor que eleva al ser humano de las caídas graves y lo libra de las más grandes amenazas.

El hombre contemporáneo se interroga con frecuencia, con ansia profunda, sobre la solución de las terribles tensiones que se han acumulado sobre el mundo. Y si no tiene la valentía de pronunciar la palabra “misericordia”, o en su conciencia privada de todo contenido religioso no encuentra su equivalente, tanto más se hace necesario que la Iglesia pronuncie esta palabra, no solo en nombre propio sino también en nombre de todos los hombres contemporáneos.

Lo dicho sobre la misericordia debe transformarse en una ferviente plegaria: en un grito que implore la misericordia. Que este grito

condense toda la verdad sobre la misericordia, que ha encontrado tan rica expresión en la SS.EE. y en la Tradición. Con tal grito nos volvemos al Dios que no puede despreciar nada de lo que ha creado, al Dios que es fiel a sí mismo, a su paternidad y a su amor. Y al igual que los profetas, recurramos al amor que tiene características maternas y, a semejanza de una madre, sigue a cada uno de sus hijos, a toda oveja extraviada. Recurramos al amor paterno que Cristo nos ha revelado en su misión mesiánica y que alcanza su culmen en la cruz, en su muerte y resurrección. Recurramos a Dios mediante Jesús, recordando las palabras del Magnificat de María, que proclama la misericordia “de generación en generación”. Imploramos la misericordia divina para la generación contemporánea. La Iglesia que, siguiendo el ejemplo de María, trata de ser también madre de todos, exprese en esta plegaria su materna solicitud y a la vez su amor confiado, del que nace la más ardiente necesidad de la oración.

Misericordia es en definitiva amor concreto a Dios y a todos los seres humanos, sin excepción y división, sin diferencias de raza, cultura, lengua, concepción del mundo, sin distinción entre amigos y enemigos. Misericordia es desear el bien a todos, a toda la comunidad humana, a todas las familias, a la nación, a los grupos sociales; a los jóvenes, a los adultos, a los padres, a los ancianos, a los enfermos: es amor a todos, sin excepción. Esto es amor misericordioso, garantizar a cada uno todo bien auténtico y alejar y conjurar el mal.

Misericordia, es en definitiva, amor al ser humano, a todo lo que es humano con el amor compasivo de Dios revelado en Cristo. “Felices los misericordiosos porque alcanzarán misericordia”. Mt 5,7.